

El evangelio es también para el hombre y la mujer actuales

JESÚS VERGARA ACEVES*

Pongo en forma narrativa mi convicción más profunda sobre la grandeza humana que puede dar el evangelio a la humanidad actual.

Dados los recientes acontecimientos vaticanos voy a llamar Juan Pablo a mi personaje ficticio.

Me lo imagino viviendo en el centro de la ciudad de México. Concretamente en la colonia Cuauhtémoc, zona residencial modesta donde Juan Pablo, ya en plena mayoría de edad, vive todavía con su familia. Es natural que vaya con frecuencia a la zona rosa a encontrarse con sus conocidos, a intercambiar opiniones en medio de reuniones amigables.

Al dirigirse a la zona rosa cruza a pie la magnífica avenida Reforma, contempla a lo lejos por un lado a la Diana cazadora y por otro lado el Ángel de la Independencia y se encuentra de pronto frente a una iglesia relativamente pequeña cuya entrada principal está en Reforma.

Un buen día, al cruzar Reforma algo llama su atención en el exterior de la iglesia, un letrero que dice: “Vengan a mí todos los que están agobiados con trabajos y cargas, y yo los aliviaré”. Entra a buscar la novedad pero se encuentra con lo de siempre, una iglesia sola y silenciosa que fácilmente le provoca el deseo de abandonarla; no encuentra

* Sacerdote jesuita. Es licenciado en Filosofía por el Instituto Libre de Filosofía en México; licenciado y doctor en Teología por la Universidad de Innsbruck, Austria, y doctor en Filosofía por la UNAM. Tiene estudios posdoctorales en Filosofía y Sociología en la Universidad de Toronto y la de Chicago.

para darles una unidad, ni comprobación para ver su verdad, ni apertura a nuevos valores que procedan precisamente de la verdad.²

Juan Pablo sospecha que esta incapacidad ya no puede resistir el embate de la “mediación” moderna: por una parte todos los pensamientos y valores comunes que venían siendo compartidos porque procedían de una misma cultura generalizada, originada desde Grecia y Roma; ya no provocan unidad social, ahora cada autor tiene sus conceptos y lenguaje particulares, que no tienen nada en común unos con otros; popularmente se había ya expresado en un proverbio: cada maestrillo con su librillo.

Esto dificulta mucho la comunicación en la nueva cultura mediática que estamos viviendo y trae unas consecuencias increíbles: la filosofía ya no es un lenguaje que integre distintas concepciones y valores, es decir, ya no cumple la función integradora de la cultura.

Pero en esta mediación moderna —máximamente diferenciada y mínimamente integrada— Juan Pablo se pregunta: ¿Qué sentido tiene el evangelio? ¿Es buena nueva para la humanidad de todos los tiempos, incluso para el tiempo actual?

Vayamos por pasos.

Primero: parece que no, a causa de esta iglesia sumida ya en una larga mediocridad espiritual, como afirmó hace ya medio siglo Karl Rahner:

La iglesia. El misterio de la iglesia ha quedado propiamente oculto por el predominio de la clerecía desde la institución vaticana. No estamos en contra de la institución pero sí tenemos que ubicarla en su dependencia del misterio de la iglesia, es decir, no es el Vaticano el que domina la iglesia, es el misterio de la iglesia el que debe ser respetado por las instituciones. —Desde el Vaticano hasta la parroquia más pequeña de la más pequeña de las diócesis del mundo,

2. Cfr. Bernard Lonergan. *Insight: estudio sobre la comprensión humana*, Universidad Iberoamericana, Salamanca, 1999, *passim*.

nada nuevo ni atractivo, mira las imágenes de los santos que siempre ha mirado desde su infancia, ve una iglesia vacía, prácticamente sola, que le deja la impresión de ser una iglesia abandonada, y se pregunta: ¿Quién me aliviará de mis trabajos y cargas? ¿Dónde está Jesús? Le ha impresionado el texto que leyó y se sale del templo pensando en quién le aliviará.

Juan Pablo se confirma: la religiosidad es cosa del pasado y ya no tiene ninguna importancia en la actual vida que él lleva, es propiamente una reliquia del pasado, le viene a la memoria un texto que años antes había escrito el famoso teólogo alemán, Karl Rahner: “El verdadero problema de la iglesia es seguir caminando con resignación y aburrimiento cada vez mayores, caminos comunes de una mediocridad espiritual”,¹ y Juan Pablo exclama: ¡Y qué mediocridad!

Sin embargo, las palabras del evangelio le sacuden y le impulsan a buscar.

Silencio y tranquilidad, es verdad, pero que en la agitación del mundo moderno no atraen sino que más bien provocan ausencia y lejanía.

Sale rápidamente por otra puerta lateral de la calle que conduce directamente a la zona rosa. Pero se lleva la inquietud del texto evangélico que leyó. Camina unas cuantas cuadras cortas y llenas de vendedores ambulantes hasta llegar a la zona donde se encuentra comúnmente con sus amigos, algunas veces en la calle principal o en alguno de los cafés adyacentes.

Ha dejado un mundo que las personas últimamente abandonan masivamente, como Juan Pablo.

Ni siquiera la curiosidad de lo desconocido en el interior de la iglesia les llama la atención, la religiosidad está ausente, le deja con la misma vaciedad con que entró y se apresura a llenarla con el trato y la conversación de sus amigos. Pero le reanima la frase que viene repitiendo:

1. José Antonio Pagola. “Vivir a Dios desde adentro”, comentarios a la homilía del 8 de junio de 2014 [DE disponible en: <http://sanvicentemartirdeabando.org/pagola/red/pentecostes.pdf>].

“Vengan a mí todos los que están agobiados con trabajos y cargas, y yo los aliviaré”. El texto evangélico sigue resonándole en su interior, pues lleva trabajos y cargas y necesita ser aliviado.

Generalmente con sus amigos se desahoga, pero siente en su interior que después le volverá el agobio, la carga y la desolación.

Con el silencio y la soledad que percibió en la iglesia contrastan la agitación y las novedades de la zona rosa.

Más adelante se encuentra con otros amigos, escucha las novedades que están comentando y empieza a participar en la conversación que no parece animada.

Pide un refresco y después de unos tragos sigue percibiendo que sus amigos están muy aburridos, los ve cansados y les pregunta: ¿Qué les pasa? ¿Por qué los veo tan aburridos? Uno le responde: “Estamos cansados, es que nuestro trabajo es muy aburrido, siempre lo mismo, se nos manda a consultar las fuentes de novedad en la computadora, archivamos en forma siempre igual y al final del día entregamos al dueño los resultados de ese trabajo monótono y aburrido”, y así pasan uno y otro día.

¿Cuántas veces habrán repetido ese trabajo que tanto hastío les provoca? Algunas noticias, es cierto, les suscitan curiosidad, pero luego pasan vanamente a las nubes del olvido. Esto que Juan Pablo lleva dentro lo quiere confirmar de nuevo y repite sus preguntas de siempre: ¿Qué les pasa? ¿Por qué tan aburridos? ¿No ha habido ninguna noticia que les dé entusiasmo? Rápidamente le responde otro: En estas noticias siempre es lo mismo, algunos sucesos escandalosos que atraen pero de pronto el tedio vuelve a hundirnos en el olvido.

Porque sabemos que la computadora solo responde impersonalmente según los programas que le han puesto, pero está muy lejos de descubrir todo el panorama y eso no abre horizontes, no provoca curiosidad ni entusiasmo a nadie.

De fondo esto se debe a que en los sujetos ya no hay apertura para percibir los nuevos fenómenos sensibles de este mundo, ni intuición

están única y totalmente al servicio del misterio de la iglesia especialmente presente en los más pobres y abandonados—.³

Esa estructura de la iglesia, que viene de siglos atrás, es incapaz de mantener la apertura a los fenómenos actuales, entenderlos, comprobarlos y valorarlos. Muchas veces la estructura predominante ha sofocado esa tendencia evangélica a escuchar en el presente a los que más lo necesitan. Así, el hombre y la mujer actual, primero, víctimas de la falta de atención de esta iglesia anquilosada, se encuentran en un horizonte abierto no solo de indiferencia religiosa sino de una indiferencia generalizada; segundo, son víctimas de los actuales mecanismos globalizadores que solo buscan la ganancia económica y el predominio humano. Hacen recordar la descripción tan esclarecedora que san Ignacio hace de la bandera del mal: codicia de riqueza, prestigio y poder.

La humanidad actual, caracterizada por la especialización cerrada, no tiene ninguna mediación para una posible integración.

Como consecuencia aparece el trabajo aislado y solitario, es decir, el ser humano ejecuta lo que le mandan, sin capacidad creadora y sin intuiciones creativas, por lo tanto no se tiene capacidad de juicio propio y realista, ni visión sintética, pues repite rutinariamente algunos valores y antivalores y finalmente se vuelve incapaz de criticar al sistema de globalización y mucho menos de actuar.

Su actividad se reduce, pues, a ejecutar lo mandado, es individualista y esclava del sistema: su único valor es prácticamente ganar más, incluso en perjuicio de los demás.

En resumen; en general los hombres y las mujeres de hoy son esclavos, alterados en su personalidad: (deficiencias) Y ¿cómo el evangelio responde a estas necesidades?

- *Indiferentismo* como carencia práctica de la escala de valores que lleva poco a poco a restarles importancia y a la falta de fe; pero el

3. Karl Rahner, *El concilio, nuevo comienzo*, Herder, Barcelona, 1966.

evangelio dice: “El que quiera venir conmigo niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame”.

- *Abandono de las religiones*, como solo restos sin vida de prácticas repetitivas que casi no dicen nada. La vida evangélica anima todos los ritos, pero sin ella los ritos están propiamente vacíos y sin sentido. El evangelio insiste: “Anunciar la venida del reino de Dios: ya está aquí, conviértanse”.
- *Soledad*: Las personas se encuentran *muy solas*, incluso entre los suyos. Pero el evangelio te invita a tomar la decisión de seguir a Jesús: “Seguir a Jesús implica seguirlo con los suyos, sus apóstoles, con los que lo buscan”.
- *La codicia esclaviza*. Mundanidad mediocre erigida en supremo valor. Pero el evangelio dice: “Déjalo todo y todo lo encontrarás”.
- *La humanidad esclava de los poderosos de este mundo globalizado*. Pero leemos en el evangelio: “Liberar de toda esclavitud, con el advenimiento del reino”.

Habrá que esperar, ya que tiene un futuro promisorio ante el cambio cultural que vendrá tarde o temprano, como reacción a la deshumanización de la globalización. Ya empieza en el presente y se acentuará sobre todo en un futuro próximo.

El posible camino de liberación exige, dado el modo del ser humano, la sabiduría con intuiciones nuevas, nuevas certezas y nuevos valores, y la recuperación de sus operaciones fundamentales.

Hay que intensificar, en primer lugar, el ejercicio de una imaginación plena y creadora; el hombre moderno está acostumbrado, por el contrario, a seguir las imágenes estereotipadas de la prensa, de la Internet y de las redes sociales, de manera que su imaginación está subyugada, sin libertad para abarcar todos los fenómenos del presente y hacer sus propias creaciones.

Cuando se ha intensificado la imaginación más viva, personal y auténtica, se tienen muchos más elementos para proceder a las intuiciones racionales o hipótesis que den una primera interpretación de todas

las imaginaciones y que abran a otra operación mental fundamental no solamente la intuición genial, sino a la comprobación de su certeza que excluye las intuiciones falsas.

Esta razón sólida de lo que es abre todavía más la mente hacia el buscar no solamente imágenes nuevas ni intuiciones nuevas ni afirmaciones ciertas, sino también a nuevas afirmaciones y nuevos valores por los que el hombre toma sus decisiones fundamentales para vivir su destino.

Cuando se ha seguido metódicamente el proceso anterior y se lee el evangelio se revive y se disfruta toda su frescura definitiva, que sigue siendo la buena nueva, aquí y ahora.

Con este proceso de liberación humana se puede reencontrar toda la riqueza del evangelio para el mundo de hoy.

El proceso anterior se ilumina nuevamente con los textos evangélicos; pongo algunos ejemplos:

- El evangelio es la sal: da sabor a la vida plena, entusiasmo y alegría.
- El evangelio es luz: ilumina toda la vida y conduce a la casa del padre, a partir de nuestra atención a los más abandonados, en la plenitud de la justicia social.
- En síntesis, vamos a la casa del padre, por el camino que es Cristo y movidos por el Espíritu Santo.
- Hay que anunciar esta buena nueva: la convivencia y la misericordia son activas, exigen ir a acompañar y comprender a los más abandonados.

Es también para la humanidad actual, y así tiene que anunciarse, que las personas reciban la buena nueva y la entreguen a los suyos una vez que la han vivido. No se puede repetir simplemente las cosas como párrafos aprendidos de memoria, sin vivírlas interiormente.

Juan Pablo ha vivido, pues, íntimamente el evangelio y poco a poco a las dificultades propuestas va señalando unos inicios de respuesta, para que el evangelio siga siendo vida plena a pesar de la mediación fragmentada que ha traído consigo este mundo globalizado.